

DAVID. (Etimología) Es una forma nominal típica de muchos adjetivos que indican una cualidad inherente o establemente recibida. De modo que nuestra palabra DAVID tiene la acepción semántica de "Amable", como adjetivo derivado de la radical DND, que tiene esta acepción de "amar, querer" en buena parte de las lenguas semíticas. Pero el empleo del adjetivo David como palabra común desapareció, quedando sólo restringido a onomástico de persona, y en su acepción común de nombre adjetivo quedó desplazado por la voz Yadid, de la cual es asimismo un adjetivo de la radical YDD, primitivamente YDD, seguramente emparentada con la raíz DND, de donde deriva David.

DAVID (el rey-profeta y salmista). En la ascendente trayectoria política y religiosa del pueblo israelita, se nos ofrece como en un alto del camino la gran figura de David, en los diferentes aspectos de su vida: como pastor, rey, profeta y salmista. Es quizá la figura más emotiva de todo el A.T. la que está rodeada de más dramatismo que repercute en el hondón del alma con un rapique de efectos hasta hacer derramar lágrimas. Sin duda alguna su espíritu fue un espíritu rocer en Israel, muy galardonado por las gracias del Señor, pero al mismo tiempo probado hasta los más íntimos entresijos de su alma, de modo que esta después de la prueba salió aun más afinada y propicia al Señor. En modo alguno puede admitirse las aseveraciones de E. Renan ante la figura de David. Para Renan y sus seguidores la figura de David no puede compararse con la de Saul, pues aquel no es más que el trasunto del astuto beduino, del errabundo del desierto, del jefe de unas cuadrillas nómadas, que lo mismo desbelija al cultado colono que vive precariamente de sus campos y rebaños, como asimismo sabe burlarse de las tropas de su rey que le acosan entre las ociedades del desierto de Judá. Para tal crítica, David encarnaría a maravilla la doblez y la crueldad del beduino, verdadero chacal del desierto. Aunque es cierto que hoy día casi no cuenta parangón, entre los escrituristas, el punto de vista de la crítica de Renan no se han apagado aun los ecos de su depresiva interpretación valorativa de la figura de David.

hebraista.

No sabemos cómo pudo el crítico francés derivar del texto bíblico su típica exégesis la cual más que exégesis es un amañado apriorismo, a fin de rebajar el papel político y social de la tribu de Judá, en frente de la de Benjamín. ¿Cómo podía la pobre y desértica tribu de Judá convertirse en el eje de la historia del pueblo de Israel? Sólo a las típicas cualidades del habitante del desierto a su doblez y redomada malicia, debíase el triunfo de David, y, con él, el de la tribu de Judá. Pero, como decíamos, tal versión renaniana no es más que un apriorismo doctrinal. Renan confeso más de una vez que la lengua y la cultura árabe le fueron más difíciles que la hebrea, y seguramente que si hubiese profundizado más en la historia y en la psicología del alma árabe, habría podido imponerse más en las verdaderas perspectivas del alma beduina, en las notas y fallas morales del beduino, tanto preislámico como islámico, y habría podido observar como sus índices discrepan notoriamente de los supuestos atribuidos a David.

En realidad de verdad, la figura de David nos ofrece una de las fibras más entrañables del alma hebrea, en toda su pureza ejemplarista: la capacidad exultante de adoración para Dios y de rendida contrición suplicante para el Altísimo. En verdad, si en el patriarca Abraham tenemos el modelo más excelso de la fe, el creer incluso contra la naturaleza, el vincularse a las más altas consignas, a trueque de sacrificar a su misma patria a su familia; si en Moisés hallamos el paradigma de la suprema esperanza que mantiene y florece a lo largo de los desiertos indomitos e inhumanos, en David hallamos la mejor expresión de la afectividad hebrea, del amor a Dios y a los hombres, de la exultación latriótica y de la contrita plegaria, afectividad que a través del rezosalmístico se ha antendido por siglos la humanidad.

La primera representación que el texto bíblico nos hace de David es en ocasión de la visita del profeta Samuel a Isai, en Belén de Judá (1, Samuel, XVI), a fin de, en vista de los graves y sucesivos pecados de Saul, ungir como futuro rey a uno de los hijos de Isai. La escena

espiritual
es una de las más bellas de la Biblia, belleza lírica que ha quedado como estereotipada en el fondo del alma lírica hebrea y ha mantenido largos ecos en la poesía hebrea sagrada postbíblica, con una valencia arquetípica de mesianismo. El texto citado de Samuel nos refiere como llegado al profeta Samuel a Belén y requiriendo a Isai que le presentara a cada uno de sus hijos, el espíritu del Señor advirtió a Samuel que en ninguno de los hijos que Isai hizo desfilar ante Samuel había el elegido para ser ungido del Señor. "pues el hombre mira la externa apariencia, mas Yahve mira el corazón". Después de haber presentado Isai a Samuel los hijos que estaban con él en su casa, preguntóle el Profeta si tenía aun algún otro, respondiéndole Isai que aun le quedaba el más pequeño que estaba pastoreando los rebaños. El padre, a requerimiento del Profeta, lo mando llamar "y era rubio, de hermosos aspectos ojos y grato aspecto", y al instante Dios inspiró al Samuel que ungiere al muchacho, pues él era el elegido para futuro rey de Israel. Y el espíritu del Señor favoreció a David desde aquel momento en adelante. La belleza espiritual de esta escena ha suscitado in- delable ecos, como decíamos, en el alma lírica hebrea, y la mayor parte de los poetas hebreos medievales, por ejemplo Salomón ibn Gabirol, Yehuda ha-Levi, y otros, cuando soñaban en el esperado mesías siempre lo proyectaban en esta ambientación arquetípica, candidamente espiritual, del David joven, ungido inesperadamente por Samuel.

De la vida adolescente y pastoril de este candido doncel betlemita que era David sabemos dos facetas principales: que era tañedor del rabel o pequeña arpa y que a lo largo de su vida solitaria y pastoril había aprendido precozmente a dialogar con Dios, a adorarlo y a suplicarle fervientemente. En los largos ocios de la vida de pastor, vida desplegada entre los bellos panoramas de la naturaleza y la sublime hermosura de los cielos de Israel, se concibe que la cítara, el rabel, la zampofia fueran los instrumentos musicales que alegraran los ocios de nuestro joven pastor betlemita.

El paisaje suavemente lírico que se despliega en torno a las mansas colinas de Belén hacia la costa litoral a lo largo de valles como el de Eskol, había de inspirar al joven pastor David, quien a su vez ya había aprendido a luchar contra los lobos y los cachorrillos de león que espiaban su presa entre los rebaños de ovejas. Es bien sabido como en aquella época, anudaban los leones y adives entre los montes de Judá y el Líbano. Pero al mismo tiempo el texto bíblico nos presenta al adolescente Davis como un alma piadosa llena de los sentimientos de amor, fe y confianza hacia el Dios de Israel. En los silencios de las majadas y en las velas de las noches temblorosas de estrellas, aquel joven había aprendido ya a dialogar con Yahvé, Padre Presidente de Israel.

El mismo David nos lo atestigua en la escena de su lucha contra Goliat. Cuando se acercó al campo de batalla llevando los regalos de su padre para sus hermanos que estaban luchando, oyó las blasfemias contra Yahvé que profería Goliat a fin de provocar a los hebreos, y el joven David no pudo sufrir con calma aquellas blasfemias y profanaciones. "Quién es este filisteo incircunciso, dijo, para que provoque a las formaciones del Dios vivo?. Y se ofreció a luchar con el gigantón Goliat y héroe de los filisteos, para vengar sus blasfemias contra Yahvé y salvar a su pueblo. Y ante las pusilánimes dudas con que le objetó Saul responde con entereza y devoción de fe: Yahvé, quien me libró de las garras del león y las del oso, me librerá también de la mano de este filisteo. Al acercarse hacia el gigante Goliat que le espera revestido de todas sus armas y le desprecia le dice: "Tú vienes contra mí con espada, lanza y escudo, pero yo voy contra tí en nombre de Yahvé de los ejércitos, el Dios de las formaciones de Israel que tú has blasfemado" y anuncia a Goliat que el Señor lo entregará en su mano y así sabrá toda la gente que "hay Dios en Israel".

Es bien conocido el relato de la victoria del joven David sobre el gigante Goliat, como habil hendero a fuer de buen pastor, con una de las guijas de su zurrón diestramente lanzada con su honda, hirio en la frente a Goliat, lo postró en tierra y luego lo descabezó con la propia espada del gigante filisteo. Pero uno no sabe qué admirar más en el relato bíblico si la valentia extraordinaria del muchacho betlemita o su ejemplar fe

el
y confianza en Dios de Israel, virtudes que eran las que daban alas, precisamente, a aquella valentía.

Aun reconociendo que en este relato haya podido actuar luego, la mano de los sacerdotes y escribas en un cierto sentido apologetico, hay que deducir de todo el contexto que David, ya de mozo era un alma muy religiosa y devota, muy abierta y sensible al Señor, en fin, un bello espécimen de la mejor sensibilidad religiosa en Israel. No solamente la religion se centraba en la liturgia en torno al Arca de la Alianza, en los altos de Betel, sino que animaba también los entreveros y el palpito del alma de un joven pastor de Judá. No nos ha de extrañar este registro de alta devoción individual si pensamos que, en puridad, la religion de un pueblo se alimenta de la vida afectiva de todos y cada uno de sus miembros, y por lo que dice relación a Israel ya hay una constancia de vida religiosa interna sobre todo en la electa dedicación de Abraham, en la bendición de Jacob moribundo a sus hijos, en los sublimes cánticos de Moises y Débora, y en el mismo parca relato del libro de Rut. Además, en lo que sabemos de las religiones cananeas, tan naturalistas, ya transpira un anhelo de vida religiosa individual. Pues bien, este bello adolescente betlemita, este joven David tendría que ser el mayor exponente de vida religiosa interna, de vida mística, que asomara en Israel, y él con sus cánticos de loores, con sus salmos contritamenté precativos, sería el hontanar do se abreviarían las almas místicamente devotas a lo largo de los siglos. Aquel postulado de psicología religiosa que Dios tienta y prueba mucho a las almas electas tenía que verificarse plenamente en David, y así su alma escogida se afinaría aun y acendraría sumamente. Veámoslo.

Una de las pasiones más tragicamente poderosas en el hombre, y quizá más en el hombre oriental - muy extremado en sus pasiones - es la negra envidia; gran parte de las luchas tribales en los desiertos y parameras del Medio Oriente se explican por la envidia. Pues bien, como fruto de la vic-

402 R. MA

toria del joven David contra Goliat, de sus ulteriores triunfos contra los filisteos y de la aureola que ello le suscitó entre el pueblo israelita, fué el enraizamiento de una envidia que se arrolló como una serpiente en el alma de Saul. El texto bíblico no da pie a suponer, como hacen algunos historiadores, que aquella saña de Saul contra su escudero David, sea el reflejo de las luchas entre las dos tribus de Benjamín y Judá. El origen y la explicación de aquella negra y sañuda envidia de Saul contra David, está bien claro y patente en el texto bíblico para que haya de dilucidarse de otro modo. Pero, claro está, que espontánea y naturalmente, los israelitas de la tribu de Judá tenían que sentir como propios los triunfos de David, y ver en el joven betlemita el mejor exponente de su tribu, y aun ~~mirarían~~ ^{avizorarían} en David al futuro jefe o Rey de Israel; mientras que los benjaminitas se apoyarían y harían el círculo en torno de Saul su contribulo. Hay que tener en cuenta que entonces la monarquía israelita, tal como fué estatuida por Samuel, no era hereditaria si bien, claro está, tendiese a serlo, aunque no fuere sino a imitación de los pueblos vecinos; pero en rigos era Yahvé por medio de su Profeta el que elegía y consagraba el Rey de Israel.

Reprobado Saul una y otra vez por Samuel, za causa de sus desobediencias al mandato divino y emplazado por el Profeta en el sentido de que Yahvé se buscaría otro Rey que le fuese más adicto, no hay duda que la melancolía, el pesimismo, el espíritu diabólico "ruah ra'a" que le atormentaba no era otra cosa que la viperina envidia que sentía contra David, en quien ya el pueblo veía al futuro caudillo de Israel. Así es que Saul decidió, con toda felonía, eliminar a David, haciéndole morir a traición, ya entregándolo alevosamente a manos de los filisteos (I, Sam. 18), ya atravesándole criminalmente con su dardo (I, Sam. 19). Y no paró aquí la saña de Saul contra David, sino que llegó a perseguirle al frente de sus tropas: quiso prenderle en su casa mientras dormía, pero su mujer Michal, hija de Saul, lo salvó; encontramos a David huido y refugiado cerca de Samuel en Rama, o cerca del sacerdote Ahimelec, en Nob; el carácter de fugitivo de David se refleja elocuentemente en el dato que el texto bíblico nos cuenta, como de paso, de que no teniendo David ni espada ni lanza, pues se fugó rápidamente ante la saña persecutoria del Rey, pidió al ^{sacerdote} Profeta Ahimelec si podía encontrarle algún arma y el Profeta le ofreció la espada de Goliat que estaba guardada, envuelta con un velo, detrás del efod (I, Sam, 21). No ~~había~~ había de tardar la envidiosa ira de Saul

en encenderse contra el sacerdote Ahimelec y sus compañeros de sacerdocio; a pesar de que los siervos del Rey no quisieron secundar su orden de matar al sacerdote Ahimelec, tanto éste como unos ochenta y cinco colegas de sacerdocio murieron a espada ante la sañuda ira de Saul.

Compréndese, pues, que inseguro David incluso a la vera de los Profetas y Sacerdotes, tuvo que buscar su salvación en las fragosidades inhospitas del desierto de Judá, que él betlemita ^{conocía} (conocería muy bien. El texto bíblico, (I, Sam. 22) nos dice que se juntaron con David todos los que se encontraban afligidos o perseguidos, los que se hallaban en "amargura de espíritu" en número de unos cuatrocientos hombres. La cosa parece tan natural en el desarrollo de los sucesos que no cabe ver en ellos una rebelión de un tribu israelita contra la otra. David con los suyos estaban a la defensiva, huidos ante la persecución de Saul. Claro está que David con sus pocos seguidores procuraba apoyarse en los pueblos vecinos, desde ~~Moab~~ Moab a Filistea, pero su inseguridad era cada vez mayor ante la implacable persecución de Saul. Tuvo, pues, que residir en el desierto largamente, y hacer una vida casi nómada.

Pero en manera alguna se puede asimilar tal vida, como hace Renan, a una vida de bandidaje convirtiendo a David en un salteador de caminos y poblados. No hay ninguna base para afirmar esto. El beduino, salteador de caravanas y de pastores es diferente toto coelo de lo que nos narra la Biblia acerca de este momento de la vida de David. Es más nos informa de la grandeza de alma de David cuando estaba perseguido y angustiado y como, contrariando la Ley del Desierto debía perdonar y pagar bien por mal. La escena del rico Natal en el Carmelo y de su muger Abigail (I, Sam. 25) en manera alguna se puede asimilar a un acto de bandidaje de beduinos del desierto. Sólo nos muestra las apremiantes necesidades que afligían a David fugitivo y carente de medios. Pero las dos emotivas y tan realistas escenas -aunque narradas en acostumbrado estilo bíblico sobrio e infantil- la de la cueva de Engaddi y la del collado de Hachile, en el desierto de Zif, nos dan testimonio de lo contrario. En las dos ocasiones David se encontró con Saul que le perseguía al frente de unos miles de hombres, en las escabrosidades del desierto, donde ^(estando el rey) descuidado y aun dormido ^{David}, podía haberle matado, dentro de las leyes de la propia defensa, pero como admirablemente hace resaltar el texto, David con gran magnanimidad no quiso poner su mano ni alzar su espada contra ~~su~~ su sañudo

perseguidor, y éste mismo reconoce ~~xxxx~~ que David le ha pagado en bien, no en mal. David sólo quiere que Yahvé juzgue entre Saul y él, entre la pujanza de las ~~xxx~~ tropas con las que le persigue Saul y la pobreza, la insignificancia -como una pulga, un perro muerto- del propio David. Apesar de reconocer Saul la grandeza de alma de David, no transige en sus endiablados celos, y vuelve a perseguirle, induciéndole a refugiarse entre los filisteos de Gaf, cuyo rey Achis concede a David como residencia la población de Siglac, la que tuvo que defender David contra los ataques de los amalecitas.

Es realmente emotiva la historia de las persecuciones de Saul contra David; y en ella asoma ya la grandeza de alma, la capacidad de perdón, de fe filial de David. Estamos en ambiente totalmente trascendente respecto del ambiente beduino, nomádico de la ley del desierto de la implacable venganza de la sangre, de la tortuosa traición. En estas historias de David alborea su grandeza de alma, su magnanimidad, su espiritualidad, su alianza de virtudes con el Señor, favores decididamente de auténtico clima bíblico. Sólo cabe comparar con el alma de David la admirable y nobilísima figura de Jonatás, hijo de Saul, modelo de sacra y fraterna amistad.

Pero los días del reinado de Saul estaban contados. En sus luchas con los filisteos se patentiza su gran flojedad, y en su derrota en los montes de Guilbol (I, Sam. 31) murieron sus tres hijos -entre ellos Jonatás-, y el mismo Saul se suicidó, incapaz para soportar su ~~xxxx~~ deshonor. David apareció como la óptima, la única solución política para Israel. Reconocido enseguida rey por los suyos, por la tribu de Judá, en Hebrón, muy pronto lo fué por todo Israel. Y con su reinado empieza la época de mayor expansión política de Israel. Vence casi definitivamente a los filisteos, y restituye el Arca de la Alianza, que yacía como cautiva después de las derrotas de Saul, la trasladó a Jerusalén, capital electa del reino davídico, y proyectó un templo que fuera condigno del Arca de la Alianza, templo que llevaría a feliz término Salomón, el hijo mayor de David.

Las mayores victorias de David fueron las logradas de sus vecinos de Transjordania: de los moabitas, de los ammonitas, de los siros,

de Damasco, de Sabá, hasta los confines del río Eufrates.

En verdad estas victorias de David señalan el momento de mayor y más feliz expansión política del pequeño estado de Israel. Decididamente el Señor estaba con él, y corroboraba las huestes israelitas.

Pero la figura de David nos ofrece aún otra vertiente, tan entrañable como la anterior; en su "camino a la faz de Dios" no todo fué una bendición, un canto de loanza, un crepúsculo de gracia espiritual que asciende hacia el cielo; también tuvo sus caídas, sus deficiencias. Bien dice la Biblia que incluso el justo peca siete veces al día, o sea, que peca no raramente. David también pecó, cediendo a los impulsos de la pervertida naturaleza humana.

Es verdaderamente dramática la caída de David. Había llegado ya al pináculo de su gloria; reconocido rey de todo Israel, establecido en la antigua Sion de los jebuseos, vencedor de todos sus vecinos: filisteos, ammonitas, siros, etc. envidiosos de su triunfo, en buenos tratos de amistad con Hiram, rey de Tiro, David fué víctima de la tentación de la carne. En la hora mansa de la media tarde, cuando la brisa marina oreá las terrazas de Jerusalén, David fué víctima del aguijón de la carne en la persona de Batsabée, mujer de Urías, uno de los capitanes de David, en el campo de batalla contra los ammonitas. El rey David cometió "adulterio con Batsabée" y, como quiera que un pecado trae otro, al querer borrar las trazas de su adulterio -pecado severamente castigado por la Ley- no paró hasta hacer desaparecer perfidamente, a traición, a Urías, en el propio campo de batalla junto a los muros de Ammán. Luego David tomó por mujer a la viuda, a Batsabé, y así su pecado, su cadena de pecados, que daría del todo ignorado.

Pero no quedó ignorado del Señor, quien, en efecto, sirviéndose de su profeta Natán, comunicó a David el conocimiento que el Señor tenía de su pecado, y le anunció los terribles castigos, materiales y morales, que Dios le enviaría. En esta crucial prueba para David, éste se nos muestra en la otra vertiente, la más típica y entrañable de David, la de su gran capacidad de contrición. Es la misma vocación latréutica de su vida anterior, la cual herida por un pecado, se transforma en gritos y lamentos de contrición: ¡Tibi soli peccabi!; el himno adorante se trueca en el desgarrador salmo penitencial: ¡Miserere mei, Deus, el salmo más entrañablemente dolido de contrición que salió del alma humana, y cuyos

ecos han de probar, como ascuas, todos los corazones humanos reos de pecado. En verdad el David contrito, avergonzado, a la faz del Señor, nos parece tan grande, y tanto o más humano que el David mozo, pródigo en cantos y loores al Señor. Es que la contrición no es cosa fácil, el dolor y la pena de haber afrentado al Señor, de haber deshonrado su santidad -pues santos debían ser los hebreos ante su Dios tres veces santo-, no es cosa sencilla. Se requiere una gran nobleza y humildad para confesar la propia culpa y afrenta; es una confesión de la propia bastardía y una confesión de la santa trascendencia de Dios. Es un ahincamiento en el testimonio de la relación filial del hombre caído para con su Padre del los cielos. Es un avance de espiritualidad. David contrito y penitente, desgarrado de dolor, es el modelo perenne para los hombres pecadores. Sería hacer un desprecio, un agravio enorme al contexto bíblico suponer que todo aquel dolor desgarrado del Miserere mei, Deus, no fué más que una maña ladina y estratégica, de David. Con él, el arpa de Judá e Israel ya emitió pungentes lamentos que prenderían en las entrañas de su pueblo y de todos los que han heredado la Biblia como palabra de Dios.

Pero el castigo de Dios contra David anunciado por el profeta Ntan no tradó mucho en cumplirse: primeramente el hijo de su adulterio con Baatsabée murió al poco tiempo de haber nacido; su hijo Absalón se sublevó contra su padre, arrastrando consigo buena parte de la población; su otro hijo Amnon cometió un incesto con su hermana Tamar; el propio David impotente ante la rebelión de los partidarios de Absalón tuvo que escapar de Jerusalén y en su huida fué apedreado y escuchó duros improperios de parte de sus enemigos fué todo un alud de calamidades y horrores que cayó sobre el alma de David en lo más sensible de su corazón pues fueron sus propios hijos, sus más allegados los que lo hicieron víctima de su rebelión y de sus escándalos. La figura del rey David, fugitivo de Jerusalén, befo y escarnecido por los suyos, apedreado y maldecido por sus súbditos y por su parte sobrellevando con toda resignación estas calamidades y persecuciones de los suyos, ofreciéndolo a Dios como expiación por sus pecados, perdonando a sus enemigos, nos da un ejemplo magnífico del verdadero penitente a la faz de Dios. Por esto el Señor le perdonó, le salvó de sus perseguidores, lo devolvió sano y salvo a Jerusalén y aun en la ancianidad del rey David le dió un crepúsculo de paz y sosiego.

De esta época tan probada y crítica para David, en la cual maduró

tan íntimamente a los designios del Señor, tenemos diferentes salmos y cánticos de acción de gracias en los que tanto se trasparenta la vena latréutica de rendida adoración al Dios de Israel como dolida contrición por haberle ofendido, pero con la indeficiente esperanza de obtener el perdón de parte de la clemenci y magnanimidad del Señor. Es en esta vivaz y dinámica emoción que contrasta pecados y caídas, tentaciones y asechanzas con perdones y longanidades, con esperanzas y redención, en donde se expande más auténticamente el alma noble del Rey-profeta David. La bondad rpoocer de su alma quedó impresa en el elma del pueblo de Israel de modo que de acuerdo con la profecía vieron el él el antecesor del soñado Mesías, éste debía de ser por antonomasia el Hijo de David. De modo que ese título aplicado por las muchedumbres judísa a Jesucristo ya implicaba un reconocimiento mesiánico y era el mejor homenaje que podía rendirse a la memoria del Santo Rey David.

Bibliografía: La Biblia hebraica de Kittel-Kahle; traducción y comentario de la Biblia de Montserrat de la Fundació Bíblica Catalana, de Nacar-Colunga y de Bover-Cantera. Idem de las Biblias de Jerusalén y de Pirot-Clamer. Vease tambien H.J. Franken: The mystical communion with Jhwh in the book of Psalms. Leiden, 1954.